

6 BABELIA EL PAÍS, SÁBADO 30 DE MARZO DE 2019

LIBROS CRÍTICAS

NARRATIVA

Humor contra la idiotez

POR J. ERNESTO AYALA-DIP

Suele ser habitual que, en un libro de cuentos, la pieza que le da título suele señalar su tono e incluso su atmósfera temática. Si mucho no me equivoco, me parece que en 'Bernhard se muere', de la escritora mexicana Alejandra Gómez Macchia, eso esta vez no ocurre. Tal cuento es un explícito homenaje al escritor austriaco y a su traductor al castellano Miguel Sáenz. *Bernhard se muere*, además de ese imaginativo homenaje, es un aviso para navegantes: hay cartas que recibimos que nunca debemos de dejar de contestar. El primer texto de este libro es una hoja de agradecimientos, entre ellos el de haber entrado en el mundo narrativo e insobornablemente ético del autor de *Trastorno*. El resto de cuentos nos ofrece una idea muy precisa de la narrativa de Gómez Macchia. Su concepto de la escritura ficcional y del uso del humor exacto para radiografiar una mentalidad, la de las mujeres en ciertos trances límite que ponen a prueba su incomodidad en el sistema social en el que les ha tocado desenvolverse.

En la contraportada del libro se dice que el fantasma de Bernhard atraviesa todos sus cuentos. No lo comparto totalmente. Los fantasmas que recorren el libro son sustancialmente los que su autora ha urdido para que les susurre a los oídos de sus personajes las alarmas puntuales a sus miedos. Y entre esos miedos, auténticos fantasmas tan contemporáneos, se instala el humor, un humor casi natural, como si no hubiera otra cosa mejor para enfrentarse a la idiotez que nos rodea. Así funcionan piezas como 'Jabones polvorientos en el baño de visitas' o 'Dormir la víspera y despertar el día de ayer'. El cuento titulado 'Y a mí, ¿quién me va a amar?' tendría que leerse como un cuento de denuncia de género, casi atroz,

sin embargo Gómez Macchia halla la brecha por donde se mete el humor devastador, casi fotográfico.

Se puso de moda hace unos cuantos años, aunque a veces todavía se lee, el sintagma "con voluntad de estilo". Pues en *Bernhard se muere*, para suerte de los lectores, esa voluntad de estilo brilla por su ausencia. Sólo una escritura esencial representando algunas piezas del absurdo del mundo.

Bernhard se muere
Alejandra Gómez Macchia
Pre-Textos, 2019
152 páginas. 19 euros



Soldados republicanos, durante la guerra civil española. UIG (GETTY IMAGES)

NARRATIVA

Disparando sobre el piano

Días sin ti, galardonada con el Premio Biblioteca Breve, no permite ver las bondades de Elvira Sastre como novelista

POR CARLOS ZANÓN

Elvira Sastre (Segovia, 1992) ha publicado varios poemarios y es una autora muy activa compartiendo poesía, vivencias y su mundo personal a través de redes sociales. *Cuarenta y tres maneras de soltarse el pelo* (2013), *Baluarte* (2014) o *La soledad de un cuerpo acostumbrado a la herida* (2016) son algunos de los títulos publicados de poesía. *Días sin ti* es su primera novela. Con ella ganó el pasado Premio Biblioteca Breve.

Los premios comerciales literarios nunca son inocentes. No ser inocentes sólo implica que van dirigidos hacia algún sitio y sin ser inocentes pueden ser luchados, sorprendidos, errados y hasta limpios. Ya deja de ser paradójico que al leer esta novela de Sastre uno ande pensando estas cosas para tratar de entender y chequear la crítica que ha de escribir. Uno puede aventurar la búsqueda editorial de conectar con un público refractario al libro en un formato convencional de acceso, promoción, logística... Un público medio perdido, de veintitantos, treinta y algunos. Generaciones a las que se busca que acudan a las librerías y sean lectores de bien. En cierto modo, conectar los cables entre la voracidad infantil y los lectores ya maduros, iniciados en la lectura antes de Internet. Y así quepa aventurar esa apuesta por Elvira Sastre que escribe una novela como *Días sin ti* y con ella gana el Premio Biblioteca Breve. Lo de menos es que sea una primera o una última novela. Porque la cuestión es que cuando te pones la armadura de un premio literario de prestigio —a bote pronto: Usón, Calvo, Saccomanno, Iturbe, Fernández Mallo, Aramburu, Regás— el libro ha de poder defenderse con algún argumento literario. Porque si no es hacer un flaco favor a todos. A los propósitos, a lo que se quería conseguir, al premio, a los lectores y, especialmente, a la parte frágil de todo esto: una autora que decide escribir esa novela en cuestión y, con ella, ponerse la capa de premiada. Sin el premio, es obvio que no se hablaría ni un tercio de *Días sin ti*, porque Elvira Sastre plantea un argumento de novela romántica juvenil sin nada original, extraño o personal en el qué nos cuenta o cómo nos lo cuenta. Hay en la novela dos mundos, el de Gael, escultor que nos trata de contagiar la pasión amorosa de la historia que vive con Marta, una modelo del curso que él mismo imparte. Los inicios, la pasión y el desenlace del romance, su liquidación como ejercicio de superación. Nada es distinto de lo que uno sabe que va a leer en parte porque el libro está más redactado que escrito, y cuando quiere escribirse la autora acude a lo que conoce, el refugio de frases que buscan la paradoja, la sentencia, o la frase que, en ocasiones, pueda sonar cursi o hueca. El otro mundo en *Días sin ti* se intercala con la historia de Gael y Marta en tiempo real. Se trata de una carta desde el pasado, de la abuela del escultor, que es narrada como la cara luminosa del amor —también con pérdida— en contraposición con la pasión destructiva de la historia de Gael, en tiempos de la guerra civil española y su posguerra. Esta historia hace que Sastre trate el tema de la escuela republicana, las purgas ideológicas, los muertos y desaparecidos en los años posteriores al fin de la contienda por parte de la España vencedora. Es posible que la novela fueran dos historias cortas que su autora quisiera entrelazar o que el argumento de Gael y Marta fuera el esqueleto de una suerte de caída en el abandono amoroso más pensado como poemario. Todo eso son conjeturas seguras que innecesarias. El libro por sí mismo no permite ver las bondades de una escritora que, cercana a los 30, debía contar con mejores armas con las que defender su Biblioteca Breve. Así que uno, mientras lee, trata de no disparar contra la pianista y sí contra todo lo demás, piano incluido.

Días sin ti
Elvira Sastre
Seix Barral, 2019
263 páginas. 18 euros

NARRATIVA

Vivir dentro de la catástrofe

POR MARTA SANZ

Magali Etchebarne coge el lápiz y adopta la postura idónea para escribir. Maneja los resortes ortodoxos del cuento y, a la vez, consigue hacerlos insólitos. Detecto la aplicación de esta joven escritora argentina y las seguridades de su buena letra literaria, pero lo maravilloso es que, por debajo de las enseñanzas del taller de escritura, hay una voz personalísima que logra que sintamos que todo está siendo nombrado por primera vez. Para que reparemos en ello. En 'Capitán', magnífico cierre, la narradora busca una imagen hasta que surge más allá del tópico: "El Delta es una huella digital de un gigante". Antes el Delta se ha nombrado con otras metáforas. Descartadas una a una. A menudo las narradoras de Etchebarne escriben a través de voces de niñas que han crecido, que comprenden más tarde lo que no se ha comprendido en su momento —sexo, religión, deslealtad, cansancio— y se ven obligadas a saltar con destreza sobre la línea del tiempo narrativo; voces que, a la ingenuidad —"torres de alta tensión con forma de hombres del futuro"—, suman la experiencia, la felicidad del desencanto, las adicciones literales o figuradas —todas son literales— o la certidumbre de que, desde el hueso de melocotón de cada familia —cada fundación de un vínculo—, emana una tristeza biliosa, un leve sarcasmo, una luz oscura: "Lo que vemos son estrellas muertas, muertas hace siglos, que siguen brillando", le revela una madre, loca de lucidez, a su hija en "Tsunami". Las metáforas se hacen realidad: una abuela habla del amor que prende fuego y la palabra "involuntariamente poética" se convierte en un incendio en la casa. Pinget escribía en *Señor sueño*: "Repétir escabiosa acacia trébol de olor amarillo, y míralo el verano en mi página". Así, igual, opera Etchebarne.



Delta del río Rapaadalen, en Suecia. GETTY IMAGES

Esa manera primigenia de nombrar nos indica que los cuentos, además de lo que cuentan, cuentan la escritura en sí misma; por eso, las narradoras escriben, incluso se ganan la vida, como negras, escribiendo para otros: en 'Como animales' percibimos una concepción cómica del relato de la vida en el paralelismo que se establece entre los hijos no biológicos —de dónde vendrán— y esas historias que no nos pertenecen y, no obstante, contamos. Etchebarne tiende hilos que conectan las narraciones y juega con la imprevisibilidad, a través de la inclusión de personajes que aparentemente fracturan el todo —Natacha y su babero—, de la mezcla de elementos disímiles y de una forma de narrar que presenta dos planos distintos: en 'Cosita preciosa' la enfermedad de una madre se emborrona —quizá refule— por los amores de la narradora con Ramón. En este cuento reconocemos el extrañamiento carveriano, del que Etchebarne se apropia con particular sentido del humor; los amantes conservan una radiografía dental de la protagonista del mismo modo que en 'Plumas', el cuento que abre *Catedral*, aparece el molde dental de Olla, la esposa del amigo que invita a cenar al narrador. Cuentos de lo fallido, lo trunco, de mujeres que escriben y barrantan que su amor será una catástrofe mantenida en el tiempo ('Que no pase más') o de mujeres que no escriben, tienen hijos y saben que podrían vivir un amor bello y extraño que, sin embargo, nunca llegarán a vivir ('Buena madre'). Se puede vivir dentro de la catástrofe. Lo hacemos casi siempre con bastante pundonor.

Los mejores días
Magali Etchebarne
Las Aduanas, 2019
128 páginas. 16,95 euros